

La muerte de Galán ¿hora crucial?

Rafael Carías

Espectacular fue ciertamente. Ante una multitud de partidarios, rodeado de guardaespaldas, fue abatido a tiros en el momento en que iba a iniciar su discurso el precandidato presidencial colombiano Luis Carlos Galán. Ese escenario indudablemente formó parte de la trama que hizo alarde de la organización de la acción coordinada, el arma del killer eficaz y camuflada exhibiendo el poder del terror, sustentado en una técnica refinada y en el dinero. ¿A quiénes estaba dirigido el mensaje de ese alarde de poder? Posiblemente a los políticos íntegros y seguros que quisieran seguir el camino de Galán. No más Galán, es verdad. Además: no más Galanes; que no se interrumpa la serie de gobiernos, militares y jueces complacientes.

Interesaba destruir no sólo al individuo Galán, sino sobre todo su plataforma regenerativa, su modo de ser político realista y esperanzador que inspiraba confianza. Esa manera de enfocar la política había que destruirla.

En su reciente visita a Caracas Luis Carlos Galán había impresionado a sus interlocutores por la transparencia de sus posiciones. El fatal acontecimiento los dejó visiblemente consternados como Walter Martínez cuya voz flaqueaba en el momento obligado de los comentarios.

La muerte de Galán debe leerse en el contexto de la violencia colombiana, ciega, obsesiva, más válvula de escape de acontecimientos frustrados que canal de renovación. El afamado investigador social Fals-Borda dejó hace una docena de años un minucioso inventario de los años 50 y 60. Desde entonces el caudal de sangre ha aumentado como un río en crecida, que se ha abierto en muchos brazos formando una maraña. La revista SIC publicó el mes pasado el análisis del P. Horacio Arango, S.J. que incluye dos cuadros estadísticos de las víctimas sólo durante el año 1988. El primer cuadro desglosa el tipo de acción (asesinato político, desaparición, muertes por acción de los escuadrones de la muerte, asesinatos oscuros) sin contar los caídos en acciones bélicas. El segundo cuadro divide estas muertes según los sectores sociales (no incluye los caídos en asesinatos oscuros). Así de los 3.252 casos reseñados, corresponden 840 a campesinos, 327 a empleados y 198 a obreros.

En lo que va del presente año las cifras de las víctimas de esta guerra sucia van en aumento. Sicarios a sueldo y escuadrones de la muerte siguen impunes tronchando vidas. Jueces, líderes estudiantiles, campesinos y obreros han perdido la vida. La lista contiene altos funcionarios del Estado como Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia, Carlos Valencia, Magistrado del Tribunal Superior de Bogotá, Antonio Roldán Betancourt, Gobernador de Antioquia.

Se observa que los caídos por la violencia no son exclusivamente de los estratos sociales inferiores, sino comprenden políticos y magistrados del poder judicial que justamente tienen en sus manos procesos de casos de violencia y de tráfico de drogas.

CUATRO FACTORES DE VIOLENCIA

El país colombiano se encuentra sumido en una condición de indefensión, es aquella guerra de todos contra todos. En esta lucha generalizada se pueden distinguir cuatro componentes: la guerrilla, el ejército regular, los guardaespaldas de los terratenientes, y los agentes paramilitares de los altos narcotraficantes.

1) La guerrilla tiene bastiones importantes en el centro del país y puede también recorrer impunemente todo el territorio nacional. Unos grupos guerrilleros desgastan al ejército, otros al contrario buscan enfrentarse solamente con los propietarios de tierras y sus milicias paramilitares. Otros exigen reivindicaciones para los campesinos, condiciones de mayor autonomía económica nacional y emplean tácticas de sabotaje contra el poder económico exterior (ruptura de oleoductos). El cansancio de esta guerra sucia se comienza a percibir en algunos grupos en armas como la Unión Patriótica y el Movimiento 19 de Abril quienes se encuentran en proceso de pacificación. Estos y algunos organismos de derechos humanos convocaron un Congreso de los damnificados por la guerra sucia, que fue celebrado en Bogotá del 21 al 23 de julio de este año, ciertamente en un ambiente de temor debido a las

amenazas que pesaban sobre los directivos. Como se ve, la gama de los programas y actividades guerrilleras es bastante amplia, ahora, los que han adoptado una línea defensora de los derechos humanos y se esfuerzan por humanizar la contienda y acogen como instrumento los acuerdos internacionales han demostrado tener suficiente dominio del alcance jurídico de los textos que manejan.

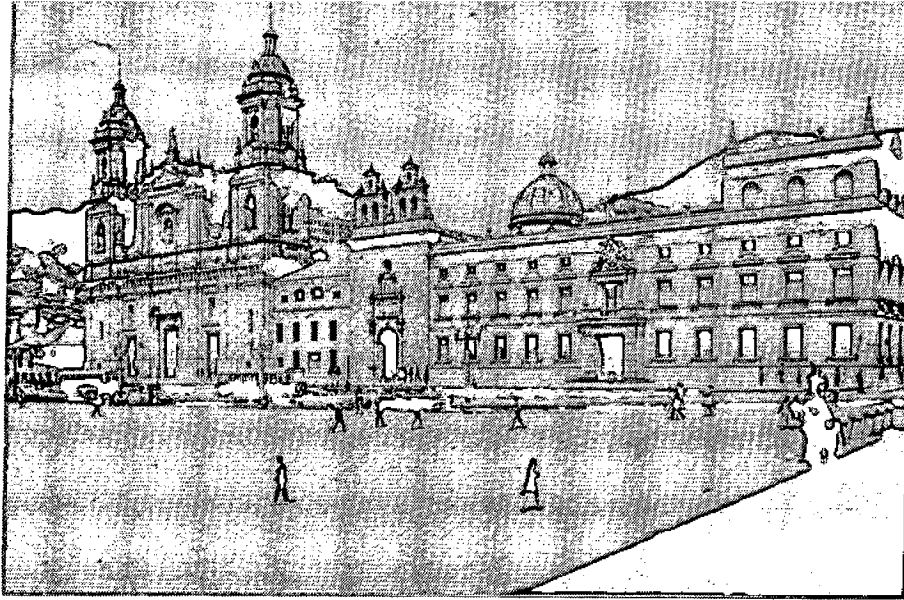
2. El ejército sigue recibiendo altos presupuestos y continúa en su programa de integrar a la población civil para sus fines, difundiendo ideología de la seguridad nacional y planificando programas que tienden a favorecer a la población civil y lograr su colaboración.

3. Los acaudalados terratenientes y propietarios, además de su alianza tradicional con las fuerzas gubernamentales de policía y ejército (como ha sucedido en Venezuela) para lograr defender sus tierras y contrarrestar la posibilidad de ser secuestrados, han organizado sus propios agentes policiales, de "inteligencia" (servicio secreto) y fuerzas paramilitares debidamente entrenadas por técnicos de oficio de origen extranjero. En este último aspecto hay coincidencia con los altos capos del narcotráfico.

4. Los barones de la droga son fuertes en las grandes ciudades (Cali, Medellín) y tienen amplio poder en zonas llanas y boscosas donde funciona la industria procesadora de la cocaína. Para propia defensa en las ciudades y aumentar su señorío en las zonas industriales, disponen de servicio de guardaespaldas, agentes de intimidación (los sicarios) y una milicia paramilitar.

Apoyados en su poder financiero han logrado infiltrar a las instituciones del Estado, policía, ejército y en parte a los políticos y poder judicial.

La prensa está seriamente intimidada y la población civil temerosa. Notemos que esta atmósfera de terror se concentra en los grandes centros de operación: la ciudad de Medellín y el departamento de la Guajira (punto de despegue de unidades de transporte). Hay vastas regiones andinas, Boyacá, los dos depar-



Plaza Bolívar, de Bogotá

tamentos de Santander, etc con muy baja cuota de víctimas, y ahí el ambiente no es tan tenso.

Las relaciones de estos barones con los pobladores en las ciudades y campos —dado su enorme poder de inversión— tiene un factor de captación con proyectos de vivienda para la clase media baja y pobre e incluye ayuda para la construcción y mejoramiento de los templos. En el campo, a través de la ganancia ofrecida a los campesinos por el cultivo de la cocaína, se les ha quitado una bandera reivindicativa a la guerrilla.

Un estado de guerra trae consigo armas y entrenadores, el aflujo de armas suministradas a veces a diversos contendientes por el mismo proveedor y un entrenamiento apropiado (determinado por el tipo de armas y tipo de acciones a realizar).

Este siniestro capítulo de esta lucha tecnicada recibió atención pública por el mismo asesinato de Galán ejecutado por un equipo con precisión y utilización de potentes armas camufladas en envolturas (Se habla de las temibles ametralladoras UZI).

Junto al temible aspecto internacional del tráfico de cocaína hay otro factor internacional peligroso y letal del tráfico de armas y de sus temibles entrenadores de Killers.

NORTEAMERICA ENTRA EN ESCENA

Ya llegaron a Bogotá los primeros envíos de asesores y máquinas como aviones Hércules y helicópteros especiales con el objetivo de destruir los centros de operaciones de procesamiento de drogas y la infraestructura para el transporte ilegal como los campos de aterri-

je. El envío de tropas está en un compás de espera y comprendería unidades para actuar no sólo en Colombia sino en los países donde hay cultivo de drogas como Perú y Bolivia.

En la televisión fue difundida recientemente la imagen de Bush sosteniendo con la mano una bolsa de "crack". En esta imagen aparecen los dos factores determinantes del cambio cualitativo en las actuaciones de los Estados Unidos: Bush y el "crack". Bush no es Reagan es más pragmático y decidido. El "crack", droga bastante económica y altamente efectiva basada en la cocaína, está causando estragos en todos los niveles de la población norteamericana.

Aunque se trate de golpear por medios técnicos militares la infraestructura del procesamiento y comercialización de la droga la presencia de los Estados Unidos en la escena colombiana da que pensar. Los antecedentes no son promisorios: es fácil entrar pero ¿cuándo y cómo sería la retirada? Las tropas de Norteamérica se retiraron de Vietnam y del Líbano pero a qué precio y qué consecuencias dejaron. La insurgencia armada (guerrilla) podrá ser ahora más efectivamente neutralizada.

¿HORA CRUCIAL?

La OEA y los grupos sustitutos como Contadora, miran impotentes la situación interna en descomposición de Colombia y Perú. La actuación de estos organismos en el caso de Panamá ha sido de carácter simbólico. Los países vecinos de Colombia están más bien preocupados por sí mismos como los sanos al borde del contagio junto a un apestado. Hay solidaridad retórica y expresiones de carácter evasivo. Ante la posibilidad

de cooperar en el aprendizaje de los capos de la droga que se refugiaron en Venezuela el ejército inmediatamente difundió a los cuatro vientos que los iba a apresar (si los encontraba): una manera de alertarlos que por favor tomaran otro rumbo. Hay temor en la perspectiva de la actuación norteamericana pero los gobiernos locales no ofrecen fórmulas alternativas.

El Gobierno colombiano ha dictado una serie de medidas para frenar el narcotráfico. En verdad ¿qué pasará? Hay quienes piensan que en el fondo todo seguirá igual. Detrás de las apariencias no habrá cambio efectivo. Otros al contrario se dan cuenta de que algo ha cambiado ya. Y es la hora de profundizarlo. Estimamos que la hora de la muerte de Galán contiene una clara posibilidad, de dar un viraje decisivo en el modo de ser político. Esto, por las siguientes razones: La muerte de Galán coincide con un momento ascendente de la conciencia de que está agotado ese largo proceso de derramamiento irracional de sangre y que debe prevalecer el respeto a la persona y el respeto a la vida. Segundo, los análisis sociopolíticos tienden a ser más comprensivos evitando simplificaciones y reducciones: en esa perspectiva aparece el problema del tráfico de drogas como uno entre los muchos que afligen al país. En ese contexto se asume la responsabilidad del papel que juega la oferta cuando se trata de una sustancia que crea adicción. El hecho del enorme tráfico y consumo no puede seguir siendo atribuido exclusivamente a la demanda. Finalmente los estratos dirigentes de Colombia comienzan a darse cuenta de que hasta ahora no habían asumido la realidad nacional en su totalidad, que se habían imaginado un país que no existía y que con la fuerza de la retórica no podrían hacer cambiar la nación.

Las bases comunitarias y grupos incentivados habían comenzado ya en estos tiempos a hacer talleres de evaluación de la realidad. Este movimiento comienza ahora y se espera que lo asuman los dirigentes.

Hora crucial, en manos del sujeto de la historia que es el pueblo que ha vivido todos estos años oscuros, hora de tomar otros derroteros, y de tener voluntad para transitarlos.

Hay decretos y medidas, se dice, pero no hay voluntad política para hacerlos efectivos. El pueblo y su sangre dan en esta hora suficientes gritos para despertar esa voluntad y disipar todos los miedos.